

Discurso

PRONUNCIADO POR EL DOCTOR LUIS CUERVO
MÁRQUEZ EL 14 DEL PRESENTE EN LA
SESIÓN EXTRAORDINARIA DE LA
SOCIEDAD DE CIRUGÍA DE BOGOTÁ

On ne doit jamais écrire que de ce qu'on aime.

RENAN

Excavando en los sedimentos dejados por viejos recuerdos de ya remotas juventud y niñez, encuentro, como el buscador de guacas de nuestras cordilleras, tesoros ocultos de inapreciable valor, o, como el arqueólogo que busca la vida de tiempos lejanos, hallo calles y plazas y seres queridos que evocan palpitantes imágenes de una época que pasó para no volver jamás.

Ese fenómeno de la voluntad, que hace que a su esfuerzo surjan de las profundidades del cerebro hechos materiales, como los hombres y las cosas, e inmateriales, como la idea y el sentimiento, es análogo al del hombre de ciencia que entre el polvo de los siglos hace salir a la luz dioses y hombres de otras edades y hace emerger a Pompeya y Herculano, a Nínive y Babilonia.

¡Cuán alejada está la época en que la nivea ingenuidad del niño rendía culto ferviente a los ídolos de toscos delineamientos que su imaginación amoldaba; cuán débilmente se percibe el eco de su oración o el de su risa franca y alegre!

Una de las imágenes que con más intensa vida viven la vida del recuerdo, una de las que, cual alga

delicada que ha impreso en su estuche de arcilla sus más puros contornos, dejan huella más duradera e impresión más profunda, es la de las amistades de los primeros tiempos de la vida.

Como guarda oculta la tierra en su seno las más preciadas gemas, así guarda mi memoria uno de los primeros afectos que, fué de mi familia, tuve cuando niño. Retrocediendo gran parte del camino andado, encuentro un niño de tez pálida, de facciones correctas y bien delineadas, grandes ojos negros, cabellos lisos color de azabache y abundantes que cubrían una cabeza grande y ligeramente alargada, cuyo peso la hacía inclinarse frecuentemente sobre el pecho. Tendría unos nueve o diez años, y se distinguía por su inteligencia despejada y la franqueza de su carácter. Ese niño era JUAN EVANGELISTA MANRIQUE, y en ese entonces vivía con mi familia en la casa de educación que por esa época tenía establecida mi padre. JUAN traía al colegio la savia vigorosa y sana de una familia modelo de honorabilidad y de virtud. Mi padre, que poseía un gran conocimiento del mundo, adquirido en provechosos viajes y en el trato frecuente con hombres eminentes, estimó a JUAN en lo que valía y lo quiso con afecto verdaderamente paternal. A pesar de ser un poco mayor en años que yo y de cierta diferencia en el carácter, pues era JUAN resuelto y quizá un poco dominante, debido a la superioridad de su inteligencia, y yo bastante tímido y un poco retraído, pronto fuimos aproximándonos, y lo que al principio era simple inclinación, se convirtió con el pasar de los días en estrecha amistad y mutua simpatía.

Aun cuando tanto el uno como el otro éramos de edad muy poco avanzada, debido a los conoci-

mientos adquiridos en el seno de la familia no teníamos clases enteramente elementales. Dictaba el curso de Aritmética inferior el inolvidable don Lucindo Galvis, autor de uno de los métodos más sencillos y más apropiados para inteligencias infantiles; el de Francés, don Víctor Touzet, cuyo caballo blanco, ya un poco cogotón, causaba la admiración de JUAN, quien lo acariciaba con la cariñosa nostalgia de quien ha pasado sus primeros años en el campo; el de Geografía, don Federico Lleras, hábil institutor, cuyo carácter recto y un sí es no es impresionable encontraba frecuentemente en JUAN pedernal en donde sacar chispa; mi padre nos hacía el curso práctico de Inglés, en el cual hacíamos tan grandes progresos que al fin del año nuestra pronunciación era correcta y traducíamos con facilidad. En las clases generalmente nos sentábamos juntos, y las horas de recreo las empleábamos en charlar tendidos bajo uno de los enormes cerezos del vasto solar, o en jugar *base ball*, juego americano muy usado en nuestro colegio y hoy olvidado en Bogotá. JUAN y yo éramos de los más pequeños y pertenecíamos al bando rojo y blanco. Nuestro puesto era casi siempre el de atrás del *pitcher*, y muchas veces rodábamos por el suelo en nuestro afán de coger la pelota no alcanzada a tocar por el *ball*. Nuestras conversaciones versaban probablemente sobre todos los asuntos de la vida de un niño. JUAN me contaba la vida del campo en *La Yegüera* y *La Pradera*, vastas propiedades situadas en una pintoresca ensenada de la Sabana, en donde residía su familia; de su caballo, en el que iba los domingos a Subachoque; de sus excursiones a la montaña, y era de ver la admiración con que le oía contar de árboles tan altos como una torre, enredaderas cuyos bejucos

formaban columpios, tapices de musgo de los más variados colores y aves y flores verdaderamente maravillosas. JUAN estuvo en todo el curso de su vida provisto de antenas de recepción que duplicaban las impresiones que le llegaban; de ahí su delicadeza infinita, su exquisita sensibilidad, su bondad y su facilidad para el sufrimiento.

Frecuente motivo de nuestras conversaciones era su familia, su madre, a cuyo recuerdo de calor perdido se le aguaban los ojos, sus hermanitas, la dulce severidad del doctor Manrique, quien cada quince o treinta días venía a abrazarlo; su hermano Carlos, que era el mayor y a cuya obediencia frecuentemente se sustraía. Otras veces los recuerdos eran de otro género: con gran placer mío me contaba de un burro viejo que había en la hacienda, cuya única obligación era llevar el domingo las provisiones que para la casa se hacían en el mercado de la población vecina, y que daba la casualidad de que el día del viaje amanecía perdido sin que muchas veces fuera posible encontrarlo hasta el lunes en que, tranquilo y despreocupado, aparecía pastando en el mejor potrero.

Vivía mi familia por esa época—1870 a 1873—en el costado norte de la entonces Plaza de San Francisco, hoy de Santander, primero en una casa estilo santafereño, propiedad de don Diego Suárez, cuyo huerto poblado de cerezos ocupaba más de media manzana, y después en una casa de mi familia, propiedad hoy de la del doctor Rocha Gutiérrez. En el costado oriental, muy próxima a la nuestra, vivía una familia distinguida, cuyo recuerdo está unido también a mi vida de niño: la del ameno escritor y hombre de letras, don Ricardo Silva. José Asunción, su hijo, era un niño delgado y esbelto,

siempre muy bien arreglado, poco amigo de ejercicios físicos y de excursiones montañosas y muy dado a la lectura. Me sorprendían su manera de hablar, su pulcritud de lenguaje, su concepto, indudablemente precoz, sobre las cosas de la vida. Leíamos en su casa un periódico para niños, que recibía, libros ilustrados o jugábamos al teatro, haciendo siempre José los primeros papeles de las piezas de su invención que poníamos en escena, y su hermanita y yo los de comparsas. Era esa una familia verdaderamente privilegiada: José fue uno de los talentos más originales que ha tenido Colombia; Guillermo, que murió en muy temprana edad, era un hermoso niño lleno siempre de alegría y de bondad, y la hermana muerta, purísima esencia que dejó la huella de perenne aroma al romperse el vaso celestial. Un recuerdo cariñoso hecho público para mis amigos muertos es la exteriorización de uno de esos sentimientos tanto más profundos cuanto más sinceros.

Los domingos nos íbamos a hacer excursiones por los alrededores de Bogotá. Ascendíamos a Monserate siguiendo por la plazuela de Las Aguas, a cuya iglesia penetrámos en una ocasión para ver el famoso *Espeluco*; el Molino del Cubo, la Quinta de Bolívar, la polvorería vieja situada en el boquerón que forman los dos cerros, y trepábamos como cabras por los escarpados y riscos, hasta llegar a la cima. La Quinta de Bolívar nos inspiraba el misterioso respeto de un templo en donde hubiera vivido un dios. JUAN me refería cómo su parienta, la respetabilísima matrona doña Araceli Codazzi, a quien después tuve la suerte de tratar, había conocido y hablado con el Libertador, y cómo, cuando el sitio de Barinas, había vivido con su familia errante por

los bosques durante un año huyendo de los feroces realistas hasta que pudieron ponerse bajo la protección de las fuerzas libertadoras. Nuestra generación todavía alcanzó a oír de labios de personas que la presenciaron y la hicieron la grandiosa epopeya heroica: el amor a la libertad y el respeto y veneración por quienes nos la dieron nos lo inspiraron desde la cuna. Así se explica el amor de MANRIQUE por su Patria y el concepto que tuvo de la libertad.

Otras veces nos íbamos por los antiguos Laches, dejábamos a un lado las Tapias de Pilatos—antiguas ruinas convertidas en cementerio de suicidas,—descansábamos un rato en Guadalupe Viejo, y pasando por la ermita nueva descendíamos por la vertiente oriental. Nuestro paseo duraba todo el día. Llevábamos nuestras escasas provisiones entre los bolsillos y almorzábamos en donde encontrábamos alguna vertiente de agua, o a falta de ella aplacábamos la sed, o creíamos aplacarla, con aguadizas que cogíamos de entre las rocas. Las uvas camaronas, las esmeraldas y las exquisitas uvas de anís entraban en parte importante en nuestra ración. Una vez no almorzamos, porque entre las ruinas del antiguo templo encontramos agazapado en un agujero un buho viejo, grisoso, de alas cubiertas de polvo, como quien ya no tiene para qué cuidar su *toilette*, y al que JUAN, haciendo equilibrio y empuñándose sobre piedras y ladrillos rodados, dio un pedazo de pan, y fue tal el ansia con que lo devoró y los graznidos con que pedía que se le diera más, que no contento mi compañero con dar las provisiones que llevaba, apeló a las mías, las que en un momento pasaron de mi bolsillo al estómago, al parecer sin fondo, del animal.

Tan fuerte es el delineamiento que de la personalidad se hace en la niñez, que muchas veces, después de cuarenta años, cuando los azares de la vida me han llevado a transmontar nuestras más altas cordilleras, el silbido del viento, y la lluvia fría que azota la cara, y los girones de niebla que pasan como fantasmas, y las desnudas piedras apenas cubiertas de lama, me han transportado a los días en que recorríamos las sierras que dominan la llanura, y he vuelto a vivir, en fugaz momento, la vida del tiempo que pasó.

Muchas veces he pensado que el dolor del tiempo que fue no es sino una inconsciente emulación que el yo actual tiene al otro yo que disfrutó y gozó de una vida que sólo por el hecho de haber pasado es siempre mejor que la que el presente da.

Transcurrieron los años, y apenas terminábamos los estudios de Literatura y Filosofía, se desencadenó, como ciclón devastador, la revuelta formidable de 1875. Mi hermano mayor, que nos enseñaba los elementos de las Ciencias Naturales, se fue a la guerra; mi padre fue reducido a prisión, y por consiguiente clausurado su plantel; y de los estudiantes, dispersados como bandada de aves, los unos, niños aún, se enrolaron en el ejército, y los otros se recogieron al hogar paterno. ¡Cuán doloroso recuerdo conservo de esa época de angustia en mi familia por la suerte de los ausentes y de privaciones y escaseces por la falta de recursos para sostenerse! ¡Y qué fuertes impresiones las que me producían las noticias clandestinas de las batallas de Los Chancos, La Donjuana, Mutiscua, Garrapata, y de las marchas y contramarchas de los ejércitos y guerrillas, pues de ello estaba yo impuesto por tener algo que hacer con el Comité conservador que dirigía, o creía dirigir, la guerra desde Bogotá!

Apenas asomó la primera luz del alba bendita de la paz, se abrieron los claustros universitarios a la turba estudiantina que alegre regresaba de la guerra, o que sedienta de estudio y de reposo cambiaba el paterno techo por el regazo fecundo de la madre Universidad. MANRIQUE acudió de los primeros, y tan a fondo había hecho su Literatura y Filosofía, que después de riguroso examen ingresó a la Escuela de Medicina, lo mismo que nuestro distinguido compañero el doctor Julio Zenón Torres. Mi familia, a quien los quebrantos de la guerra habían obligado a retirarse a su hacienda de la Sabana, me guardó a su lado y no pude entrar a la Escuela de Medicina sino después de haber presentado examen de habilitación de los cursos de Literatura y Filosofía, que repasé en un año de internado en el antiguo colegio de San Bartolomé. Así se truncó nuestro compañerismo de estudios, pero no la amistad leal y sincera que siempre nos unió, ni el profundo cariño que toda mi familia profesaba a JUAN.

Comenzó entonces para MANRIQUE una serie de éxitos universitarios primero, y de triunfos profesionales después: de los unos se conserva vivo recuerdo en los anfiteatros y salas de la Facultad; de los otros son palpable testimonio el aprecio y respeto de sus colegas y la honda sensación dolorosa que su fallecimiento ha producido en nuestra sociedad. MANRIQUE fue un hombre de ciencia doblado de un filántropo. Su encumbramiento tuvo por sólido pedestal la herencia de honor y de virtud que recibió de su hogar, pues de poco sirve al individuo la ciencia si no está respaldada por la moral. Fue uno de esos seres de selección que no prodiga la naturaleza y que son el fruto atávico de muchas generaciones.